

guión

Cuando Juan XXIII convocó aún no hace 8 años el nuevo Concilio Ecuménico, aclaró su intención de someter la Iglesia a una reflexión sobre sí misma, a un "aggiornamento" de sus actitudes y estructuras de de cara al mundo moderno.

Era preciso ganar a marchas forzadas el retraso que acusaba la Iglesia en su perpetuo empeño de alcanzar al mundo.

Conocemos el resultado de esa reflexión. Nos sentimos ingenuamente orgullosos del Espíritu Santo.

El Concilio nos ha proporcionado una nueva visión —un nuevo recuento— de los efectivos de la Iglesia. Pío XII había empezado a decirnoslo: él mismo habló ya de la "consecratio mundi" como unción de los seglares. Pero hacía falta este poderoso, definitivo, toque de atención: hacía falta dedicar todo un capítulo de la Constitución De Ecclesia a los "laicos" [y no aislado, sino dentro de la perspectiva del capítulo dedicado al "pueblo de Dios"]; hacía falta que nos pusieran entre las manos todo un Decreto conciliar sobre el Apostolado de los laicos.

Ahora sí estamos seguros: la realidad de la Iglesia es mucho más amplia, mucho más eficaz, viva y bella que cuanto habíamos soñado. No hay ya que dudar de su capacidad de transformar este mundo para Dios.

Ha sonado la hora de los laicos. Son como las fuerzas de renuevo que la Iglesia había reservado para este momento. Precisamente a ellos debe tocar la parte más directa de esta labor de transformación del mundo: "compromiso temporal", o responsabilización activa en el encauzamiento de la historia hacia Dios.

Una espiritualidad propia, un campo propio de autonomía en su actividad apostólica, en una palabra el reconocimiento gozoso de la mayoría de edad del laico en el seno de la Iglesia, son otras tantas conquistas definitivas del Vaticano II.

PROYECCION recoge en la sección monográfica de este número estos y otros aspectos del nuevo movimiento laical. Sigue, al hacerlo, la doble vertiente —interna y externa, espiritualidad y actividad— que ofrece el esquema conciliar.

Somos conscientes de la limitación de nuestro intento: por la novedad de la materia, por su transcendencia —que exigiría tratarla con mucha mayor amplitud—, por el "handicap" que supone el que la tratemos precisamente quienes no estamos de modo directo afectados por ella...

Si alcanzamos a contribuir en algo al despertar de esa nueva conciencia de la dignidad y responsabilidad del laico dentro de la Iglesia, nos habremos dado por satisfechos.

Colaboran en la sección monográfica de este número:

J. A. GIMBERNAT; A. CHERCOLES; M. PEREY-
RA; F. CHAMBERLAIN; P. JIMENEZ VALDE-
CANTOS; F. J. PRIETO; M. MAZON; P. DE
CASSO.